

BIBLIOGRAFIA

HUMBERTO GUZMÁN ARZE, *Sumuqué y otros cuentos de "Selva"*. Ed. Nereo. Buenos Aires, 1979. 120 p.

El manido rosario de frases hechas relativas a la fraternidad latinoamericana sería muy elocuente si de "nuestros hermanos" supiéramos algo más que las noticias superficiales, casi siempre políticas, que aparecen en las páginas de los diarios. El gran público consumidor de informaciones escuetas, rápidas, cuanto más sensacionales o trágicas mejor, poco sabe de la vida cultural de estos países no obstante el idioma común.

De tanto en tanto, algún escritor que ha logrado llegar a la cima de la notoriedad continental con trascendencia europea, descubre una realidad insospechada para la gente común. No rigen, desde luego estas consideraciones críticas para quienes por estar inmersos en el mundo de la literatura, del arte y la ciencia, poseen una visión más amplia y menor epidérmica del vasto y heterogéneo mundo cultural sudamericano. Pero se trata de minorías, islas rodeadas por un mar de indiferencia cuando no de ignorancia, no obstante los prodigiosos medios de comunicación que han empequeñecido las dimensiones de la tierra acercando a las antípodas.

Bolivia, por ejemplo, está a un paso de la Argentina como que tenemos con ella fronteras comunes. Sin embargo, fuera de algunas nociones folklóricas y de los consabidos vaivenes políticos detonantes, tan parecidos a los de todos nuestros vecinos, sin excluirnos de la nómina, poco sabemos de sus creaciones literarias, por ejemplo. De aquí la grata sorpresa —sorpresa es el término adecuado— que nos produce descubrir en Humberto Guzmán Arze a un narrador excepcional. Confesamos haber leído tan sólo uno de sus libros: *Sumuqué y otros cuentos de "Selva"*, recién editado en Buenos Aires donde su autor desempeña funciones diplomáticas como Ministro de Asuntos Culturales de Bolivia. Podríamos agregar, a los fines de un breve curriculum, que es miembro de la Academia de Letras de su país, representando en ese cuerpo a la nueva generación de escritores bolivianos. Pero convengamos en que a

un escritor se lo valora por su obra antes que por sus títulos por más significativos que éstos sean. Diremos, pues, que las narraciones contenidas en este volumen —siete en total— son expresiones estéticas y humanas de un escritor nato. Guzmán Arze revela una admirable consustanciación con su tierra, adentrándose en el espíritu de su gente y en la atmósfera del paisaje hasta la hondura de sus raíces. Este poder de captación nutre su fantasía poética transfigurando la realidad en vivencias de tal índole que conmueve al lector con su vigoroso lenguaje. De aquí le nace un estilo. Merced a la excelencia formal penetramos en una naturaleza tropical, en un paisaje virgen de montañas y llanuras, ríos y lagunas, donde la geografía asume los caracteres de gran protagonista y los seres humanos actúan como parte de ese señorío fatal que los envuelve con su irresistible fuerza telúrica.

Guzmán Arze pone al servicio de su imaginación una prosa rica, en cierto sentido lujosa, artísticamente elaborada, abundante en metáforas expresivas y hermosas, donde los adjetivos con admirable precisión enriquecen a los sustantivos, como la flor a la planta que se engalana con su colorida presencia.

Luis Di Filippo

SABOR, Josefa E., *Manual de fuentes de información*. Prefacio de Roberto Juarroz. 3ª edición corregida y aumentada. Buenos Aires, Marymar, 1978. 380 p. (Col. Bibliotecología y Documentación).

No siempre la bibliografía es nomenclatura árida y monótona de libros. A veces tiene, también, su lado amable y cautivante cuando se la encara con método adecuado, espíritu crítico, sentido histórico y amena intención didáctica. Por otra parte, se nos ocurre, leyendo la nueva edición del presente *Manual* sobre la materia, que la bibliografía posee la virtud portentosa del ave Fénix: nace obscura y trabajosamente, crece, alcanza su punto pleno, decae y se rejuvenece de modo incesante merced a la acción creadora y rectificadora del estudioso, el cual extrae de continuo sus materiales de canteras casi ignoradas y los somete luego, al análisis vivificante de la hermenéutica y de la técnica descriptiva para darles rigor de autenticidad y dinamismo fecundo. De ahí, pues, el mágico “poder de resurrección de la bibliografía”, tan agudamente señalado por Malclés —famosa profesora de la Sorbona, muerta

en 1977— como uno de los factores del progreso cultural en todos los dominios de la actividad humana.

Las calidades y requisitos a que hicimos referencia al principio de esta nota, convergen armoniosamente en el *Manual de fuentes de información*, cuya tercera versión actualizada y enriquecida con nuevos aportes, acaba de darnos Josefa E. Sabor por intermedio de la editorial Marymar en un volumen de cuidadosa y elegante presentación. Las dos precedentes de 1957 y 1967 fueron publicadas por la casa Kapelusz.

Aclaremos, para la gente profana, que la obra, según lo denuncia el mismo título, es lo que en la jerga profesional se llama un libro sobre libros —valga la expresiva redundancia— es decir, un selectivo inventario destinado a auxiliar al consultante en la búsqueda y localización de los recursos documentales existentes acerca de un tema de su especial interés. En otros términos, se trata de una herramienta de trabajo para facilitar el asesoramiento bibliográfico o, lo que técnicamente se denomina *tarea de referencia*, actividad ésta a cargo del bibliotecario de consulta. El libro constituye, por consiguiente, una suerte de brújula o hilo de Ariadna de que se habrá de servir indefectiblemente el estudioso para internarse por la densa e inextricable maraña de papel impreso y recorrer —sin extravíos— los múltiples laberintos que conducen a la posesión de un dato cierto, de una noticia cualquiera o de una pista orientadora.

Esta obra —conviene destacarlo— es hija directa de la cátedra y con- figura, por lo tanto, en su forma expositiva la sencillez natural y la espontánea vivacidad de la palabra hablada, virtudes propias de un largo y brillante desempeño magisteril. Bien decía el clásico latino: *Si vis scire doce*, esto es, si quieres saber, enseña. Y la autora ha sido, a lo largo de su carrera, constantemente fiel al imperativo de la máxima: enseñó deleitando a sus discípulos y, ayudada de la cálida simpatía de ellos, aprendió mucho y bien. Las páginas de esta obra, henchidas de erudición su- geridora, recogen y perpetúan el eco de lecciones otrora memorables y son, al propio tiempo, testimonio de alta docencia. En una palabra, estamos al frente de un libro impar en la literatura especializada hispanoame- ricana. No tanto por su contenido —sustancialmente igual en los manuales del género— como por el criterio novedoso y flexible de comprensión de los temas y la escrupulosidad con que se registran los materiales y se los examina a la luz de un ecuánime cartabón. Desde luego, el presente tra- bajo reconoce en su aspecto formal y en su filiación ideológica, algún pa- rentesco o analogía con los modelos extranjeros ya clásicos en la materia, pero conserva y muestra singularidades específicas que le dan un sello atractivo y profundamente original. Aunque la comparación resulte temeraria o riesgosa —pues las obras similares no responden, en algunos casos,

al mismo plan, y en otros, persiguen diversos fines o guardan distintas proporciones en su desarrollo— la que nos ocupa podría tener, verbigracia, su equivalente aproximado en los tradicionales repertorios de Mudge y continuadores, en los Estados Unidos; de Walford, en Gran Bretaña, o en los modernos estudios de Malclés, en Francia, estos últimos de índole más doctrinaria con respecto a los dos primeros. Todo ello, con la ventaja evidente sobre los mentados, de que nuestro libro contiene referencias bibliográficas más numerosas y precisas acerca de las materias correspondientes a España y América Latina, a menudo omitidas o descuidadas en los repertorios anglosajones y europeos, no obstante su pretendida universalidad.

No habremos de consagrarnos al análisis de fondo de la obra ni tampoco, intentaremos la presentación de la autora, a fin de no ser reiterativos, ya que esos aspectos los hemos considerado oportunamente con motivo de las dos ediciones apuntadas. La presente conserva la arquitectura temática y la fisonomía conceptual de las precedentes, pero con una característica notable, merecedora de ser subrayada a la consideración del lector. En efecto, la autora ha realizado en el texto de la que tenemos a la vista un intenso y extenso esfuerzo de ajuste, revisión y depuración de los contenidos anacrónicos o caducos de las anteriores, por una parte —es sabido que el punto débil de la bibliografía finca en su rápido e inopinado envejecimiento— y, por otra, ha incorporado abundantes fuentes nuevas para revitalizarla y mantenerla rigurosamente al día. Esa labor de compulsión y actualización, concienzudamente ejecutada en vastísima escala, ha sido ardua, más aún, penosísima, teniendo en cuenta la indigencia proverbial de nuestras bibliotecas y la trabas innúmeras con que se enfrenta el estudioso para la adquisición de obras extranjeras no siempre accesibles, ya sea por su lengua, su riguroso especialismo o alto costo. Sólo un rasgo de verdadero coraje, como bien lo afirma Sabor, ha podido salvar tal cúmulo de factores adversos para dar cima a un trabajo de por sí ingrato y de escaso lucimiento personal, ya que, por su propia naturaleza, está esencialmente destinado al usufructo ajeno, de los estudiosos. Pero en este caso el coraje y la entereza moral para acometerlo se apoyan en una irrefrenable vocación investigadora y en una no menos entrañable vocación docente para darse ilimitadamente a la causa de los otros, condición que define, precisamente, la genuina caridad del espíritu. Este libro ha sido escrito y reelaborado en etapas lentas y sucesivas, con amor infinito y una rara probidad mental, virtudes que lo exhiben ante bibliotecarios y alumnos como un modelo de ética profesional y un ejemplo vibrante de fe en los valores del espíritu, hoy tan negados cuando no vilipendiados.

Párrafo aparte reclama el prefacio de Roberto Juarroz que, a despecho de ser juzgado por él como superfluo, tiene su miga intencionada y no deja de trérselas, como se dice en términos familiares. Y es bueno que haya sido así, por las saludables advertencias que formula en defensa y reivindicación de la jerarquía de una disciplina —la bibliotecología— y de la correlativa dignidad del bibliotecario, ambas un tanto desmedradas en los días que corren por el influjo nocivo de prejuicios infundados y desdenes burocráticos. Para mantenerlas en su justa condición de servicio de utilidad pública, entiende, y compartimos su inquietud, que un mandato ineludible nos exige consagrarnos austeramente al quehacer intelectual serio y profundo, ajeno por igual, tanto a las puerilidades del adoctrinamiento y la ramplonería, como a las seducciones engañosas del éxito fácil.

En otro aspecto, el mismo lema que encabeza el prólogo y le sirve de título —*con toda la información, más allá de la información*— contribuye a definir el verdadero propósito y alcance de la tarea referencista. La tácita prevención parece notificarnos de la necesidad, como meta inicial, de la noticia exacta y bien localizada, pero a condición de no quedarnos con la sola respuesta, con la noción aislada e inconexa, con el dato puro y suelto. La información no se agota en sí misma, pasivamente acumulada, para ofrecernos un mero “saber por el saber”, pues si ello sucediere correría el riesgo de convertirse en lastre estéril para solaz de divagaciones bizantinas. A la inversa, la información —verdadero humus fermentario en el proceso de la cultura— debe necesariamente cumplir una función social dinámica al servicio de la inteligencia creadora, la cual aprovecha, combina y enlaza sus materiales en una suerte de alquimia sutil y misteriosa a fin de darnos algo nuevo y original. El saber muchas cosas discontinua y cuantitativamente, no cuenta para nada, es simple versación libresca de pedantes. Lo importante y valioso es aquéllo que uno hace o puede hacer con lo que sabe, es decir, para expresarlo con palabras de Max Scheler, “el saber de rendimiento, orientado hacia la posible modificación práctica del mundo”.

Por último, Juarroz, refiriéndose al libro de Sabor, afirma justicieramente que es un alto exponente “del pensamiento bibliotecológico argentino que ha merecido una consideración y un respeto que trascienden mucho más allá de nuestras fronteras, aunque a menudo no ocurra lo mismo hacia adentro”. Esta verdad, efectivamente cierta y comprobada, duele un tanto al sentimiento patriótico. Sólo nos queda el consuelo moral y la esperanza de que la autoridad científica y la responsabilidad oficial de quien tiene el valor de proclamarla públicamente, halle algún eco gravitante para mejorar la condición y el destino de estudios profesionales

que gozan de notorio prestigio y de no pocos estímulos en los países extranjeros más adelantados.

Finalmente, y en otro sentido, no sería justo olvidar el loable mecenazgo lírico de Roberto Couture de Troismonts, animador entusiasta de una empresa editorial que tiene el privilegio de ser la única en Buenos Aires que ha fundado una colección especializada en Bibliotecología y Documentación.

Domingo Buonocore

ZORRAQUÍN BECÚ, Horacio. *En el cincuentenario de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos (1928 - 20 agosto - 1978)*. Buenos Aires. Osvaldo F. Colombo, impresor, 1978. 46 p.

En la segunda década del siglo apareció en Buenos Aires la moda del libro de lujo —reflejo de un fenómeno similar acontecido en el París de posguerra— con el objeto de propagar el gusto por las ediciones selectas, tiradas en buen papel e ilustradas con grabados originales de artistas de renombre. De esta manera, el libro, mero objeto cultural al alcance de todos, adquiriría también, un nuevo sello exterior para convertirse en categoría de arte, privilegio de minorías exigentes. Ello, naturalmente, supone un estado de madurez intelectual, tanto en el público gustador de los refinamientos de la lectura, como en los artesanos que habrían de elaborar las nuevas formas estéticas del impreso.

A realizar esa tarea —difícil y onerosa— contribuyeron entre nosotros, casi al mismo tiempo y en distinta medida, dos beneméritas instituciones: la Sociedad Amigos del Arte dirigida por la empeñosa señora Elena Sansinena de Elizalde, entidad infortunadamente desaparecida en 1943 y la Sociedad de Bibliófilos Argentinos fundada el 20 de agosto de 1928 y que hoy alcanza su cincuentenario. La historia de esta última acaba de ser evocada por su vicepresidente actual, el doctor Horacio Zorraquín Becú, en las bellas páginas de estilo poético contenidas en una no menos bella y austera plaqueta que ostenta la marca editorial de la entidad patrocinante. Todo es admirativo e incitante en el relato fluido y ameno que recuerda los orígenes de la corporación ilustre —su sede originaria estaba en la Biblioteca Nacional— desde la etapa inicial con su presidente nato, el doctor Enrique Ruiz Guñazú y sus ochenta socios primeros con el único de honor —Paul Groussac— hasta el período fructífero de los noventa y cinco de hoy con la experta dirección del doctor Juan Osvaldo Viviano.

Para cada uno de los fundadores, el autor tiene la palabra justa de elogio y reconocimiento por su esfuerzo en pro del libro como vehículo educador. Entre otros, no es posible omitir los nombres representativos de Carlos Ibarguren, juntador copioso de papeles y raros impresos de la Salta de sus antepasados. Ramón J. Cárcano y el hijo Miguel Angel, sagaces husmeadores que atesoraron más de treinta mil volúmenes, muchos de ellos ricamente encuadernados con motivos artísticos. Los grandes señores del libro, don Matías Errázuri, hidalgo caballero de origen chileno y fino diplomático, y el inolvidable Eduardo J. Bullrich, peritísimos en el conocimiento de incunables, misales, libros de horas, antifonarios y ejecutorias. Abel Cháneton, teorizante y artífice cabal del libro de lujo, según lo testimonio su impecable edición de *El Matadero*, de Echeverría. El alto y cultivado espíritu de Carlos M. Mayer, cuyos hijos, en un noble gesto, cedieron su valioso patrimonio artístico a la sociedad que presidiera, además de la donación de una hermosa casa en el tradicional barrio de San Telmo, donde esos libros habrán de exhibirse, local, a la vez, que servirá de sede permanente a la Sociedad. El docto coleccionista don Antonio Santamarina, ducho en impresos y en telas, que legara gran parte de su fabulosa pinacoteca al Estado, desprendimiento no habitual entre nosotros. ¿Y qué decir del espléndido médico humanista y filántropo, don Marcelino Herrera Vegas donante de sus libros a la Academia Nacional de Medicina? En la nómina selecta no podían faltar, claro está, los hermanos Alfredo y Alejo B. González Garaño, este último el más eximio iconógrafo de su tiempo, dos enamorados del viejo ayer porteño y de las reliquias de la patria. Digamos, de paso, que, por incuria o indiferencia de los poderes públicos de la época, su colección de estampas y grabados —única en el país por el mérito y rareza de sus piezas— se malbarató en una vil subasta, perdiéndose para siempre.

No menos bellos y profundos son los conceptos que Zorraquín Becú dedica al libro mismo, “suma de materia y espíritu”, al igual que “ineludible instrumento de toda cultura” y “fruto de un largo, ininterrumpido, perseverante milagro” que, según Bacon marcó el paso de las tinieblas a la luz. Tan trascendente fue el descubrimiento —agrega— que se disputa con la hazaña de Colón la gloria de servir de hito divisorio entre la Edad Media y la Moderna.

En medio siglo, la Socieadd publicó 17 volúmenes de estricto carácter bibliofílico, a partir del estupendo *Facundo*, de Sarmiento, verdadera joya, ilustrado por Alfredo Guido, hasta llegar a la proeza de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, en dos tomos aparecidos entre 1975 y 1976, con 24 aguafuertes de Roberto J. Páez, obra compuesta a

mano por Osvaldo Colombo y considerada como un dechado de perfección y buen gusto.

Aunque la cifra antedicha no lo diga aparentemente en su brevedad, es innegable que la faena ha sido pródiga y hazañosa, si se tienen en cuenta las dificultades y complejidades propias del arte de la divina proporción tipográfica. En él —los iniciados conocen sus riesgos— nada se deja al arbitrio de la improvisación ni a las veleidades de la fantasía. Al contrario, todo está matemática y sutilmente reglado, pensado y calculado para alcanzar la mágica armonía de la obra en su triple fórmula literaria, gráfica y plástica. Un libro hermoso es siempre tarea de filigrana, de larga paciencia, de infinitos toques y retoques que hacen al texto y márgenes, a los blancos y negros, al espaciado uniforme de las líneas, a la homogeneidad de las tintas y a los mil detalles imperceptibles al ojo del profano.

Lo sabía bien don Francisco A. Colombo, avisado hierofante en cosas de imprenta y “cómplice” activo en la ejecución de varios libros de la Sociedad, como lo sabe bien Osvaldo F. Colombo que, con acendrada devoción filial, continúa en la brega ofreciéndonos día a día nuevos primores del arte de Gutenberg. Por su parte, la Sociedad trabaja silenciosamente y mantiene viva y perenne la llama de la bibliofilia: no dormita sobre los laureles conquistados. Piensa ahora en nuevos libros; piensa en una serie dedicada a la poesía que inició con Enrique Banchs, a la que se agregará, por vez primera, un nombre de mujer, el de Alfonsina Storni, mientras aguarda turno inminente para conmemorar su áureo jubileo, *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, diferido en su publicación por inconvenientes de fuerza mayor. El será —así cabe esperarlo— un merecido tributo de homenaje a los socios fundadores que le dieron vida a la corporación y al ilustre hidalgo criollo que inmortalizó con su genio literario al resero gaucho del pago de Areco.

Si la tipografía —como bien se ha dicho— es un signo de civilización de los pueblos, la Sociedad de Bibliófilos Argentinos puede sentirse orgullosa de su obra noble y patriótica al servicio del libro auténticamente nacional.

De esta plaqueta, compuesta en caracteres “Baskerville”, se han impreso trescientos ejemplares sobre papel “Schoeller”, de los cuales noventa y cinco, numerados del 1 al 95, están destinados a los componentes de la Sociedad. Las portadas y grabados, fuera de texto, han sido reproducidas sobre papel ilustración.

EXPOSICIÓN DE LA ACTUAL POESÍA ARGENTINA, (1922 - 1927), organizada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo. Buenos Aires, editorial Minerva, 1927. Reproducción facsimilar, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1977. 256 páginas ilustradas.

La editorial Tres Tiempos, que regentea el copropietario José C. Orrís e Ibars, un esmerado artesano del libro, nos ofrece en su colección de poesías La Rosa del Sur, a cargo de Sigfrido Radaelli, como número inicial de la nueva serie, esta obra, desde hace años agotadísima y que, en su momento, fuera muy celebrada por la crítica. Se ha preferido hacerla en texto facsimilar para que ella conserve intacta "su gracia, frescura y desenfado originales".

Los autores de esta *Exposición* —en rigor no es una antología en el sentido etimológico de la palabra— se limitan a presentar aquí a más de una cuarentena de poetas representativos de la generación literaria de 1922, esto es, la de *Martín Fierro* y algunos de *Boedo*, que postulaban una poesía de vanguardia en lugar del modernismo. La edición primitiva del libro, con el sello de *Minerva* fue una de las tantas aventuras del infatigable difusor de las letras nacionales, Santiago Glusberg, sello que, poco más tarde, lo trocaría en el distintivo fabuloso de *Anaconda*, tributo de homenaje a Horacio Quiroga.

Los versos de cada uno de los participantes de la *Exposición* están precedidos de un trazo autobiográfico en primera o tercera persona, algunos de muy fino ingenio y humorismo. Llevan, igualmente, a título ilustrativo, un breve esbozo fisonómico de los autores congregados, que proceden de la pluma de José Bonomi, Norah Borges, Centurión, Alfredo Guido, Lino Palacio, Tallon y otros artistas que llegarían a la fama. Al final se consigna un curioso índice de los expositores con sus respectivas profesiones y domicilios. Por él nos enteramos, verbigracia, que Jorge Luis Borges se desempeña como poligloto; Francisco Luis Bernárdez, como trotamundos; Luis L. Franco, como campesino en su Belén de Catamarca; Amado Villar, como sonámbulo; Eduardo González Lanuza, químico industrial en la cervecería Quilmes; Antonio Vallejo, nadador; José S. Tallon, pugilista.

Los compiladores de la *Exposición* han recogido en un capítulo preliminar que titulan *Situación del lector*, diversas opiniones acerca del concepto de poesía. Lugones afirma que el ritmo y la musicalidad son de la esencia del verso. Rafael De Diego, haciendo un paralelo entre Lugones y Rubén Darío, señala el aporte de ambos a la poesía argentina.

Julio Noé reafirma aquí el equilibrado criterio guador de su *Antología coetánea*. Ricardo Güiraldes no cree en la poesía realizada según una definición y evoca *El cencerro de cristal*. Evar Méndez, por último, explica el rol desempeñado por la revista *Martín Fierro* en la renovación poética de su tiempo.

No hay duda que la feliz iniciativa de la reedición de esta histórica antología —pieza inhallable y muy buscada hasta la víspera de su cincuentenario— habrá de permitir a los lectores de hoy deleitarse con algunos fragmentos líricos, productos de la inspiración de una falange poética tan representativa como inolvidable por su brioso y burlón ímpetu renovador.

El libro se imprimió con sumo esmero en el Estudio Gráfico Huella de Buenos Aires.

Domingo Buonocore

BIBLIOTECA JESUÍTICA. Catálogo nº 41. Librería L'Amateur. Buenos Aires, abril de 1979. 64 p.

No hay duda de que los bibliófilos y coleccionistas especializados en el estudio de la historia colonial de América, en particular de la que atañe al Río de la Plata, se sentirán atraídos por el vivo interés que despierta la lectura del presente repertorio. En él se describen, a lo largo de 231 asientos, manuscritos originales y obras raras sobre la cultura y la acción educadora desarrollada por la Compañía de Jesús en el continente y en el mundo. El material —lento y metódicamente reunido durante años a través de búsquedas afanosas— es de eximia calidad tanto por su valor intrínseco como por la belleza de la presentación gráfica de algunas piezas. No podía ser menos, teniendo en cuenta que los editores —Pedro Mozzarelli y José Corradini— son avezados anticuarios que unen a su conocimiento de la materia, una larga experiencia en el oficio librero. Los catálogos que periódicamente publica la casa constituyen, en efecto, verdaderas guías bibliográficas en virtud de sus notas críticas y eruditas, mérito que los hace instrumentos de útil consulta, siendo por ello muy buscados.

El que tenemos a la vista ha contado con la ilustrada colaboración del R. P. Guillermo Furlong (1889 - 1974) y está dedicado a honrar su memoria de estudioso e investigador sin rival en las disciplinas del libro. Precisamente, el catálogo que nos ocupa recoge un escrito inédito del insigne jesuita, trabajo que realizara en el año 1958 con el objeto de servir de introducción al libro *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, del padre Nieremberg, obra que hubo de reeditar "L'Amateur" y que, por diversas causas, no pudo concretarse oportunamente. Según se sabe, de este monumento tipográfico —joya sin par en América— que viera la luz en 1705 en los talleres misioneros, sólo existen dos únicos ejemplares completos: uno, de propiedad de Enrique Peña, que en 1924 heredara su hija Elisa y que ésta, a su muerte, transfirió por testamento al Museo Histórico de Luján y el segundo, rematado en 1930 por la firma Maggs Brothers de Londres y que luego fuera adquirido por el copropietario de la librería, José Corradini. Este ejemplar (del que no pudo hacerse la reproducción antes mencionada) es el que se ofrece en venta y según lo afirmara Furlong, después de un análisis minucioso del mismo, es más perfecto que el de Peña en razón de que sus páginas y láminas no han sido lavadas, como es evidente que lo fueron las de este último y, además, posee el mérito de la encuademación en pergamino, procedente de las mismas reducciones guaraníicas. Aparte de esta obra de valor excepcional, el catálogo 41 ofrece ediciones príncipes de otros textos famosos, tales, por ejemplo, la *Historia natural* de José Acosta, primera edición estampada en Sevilla, 1590; *Voyages dans l'Amérique*, de Azara, París, Dentu, 1809, 4 volúmenes de texto y un atlas completo; *Arte y grammatica*, de Bertonio, primera edición, Roma, 1603 y *Vocabulario de la lengua aymará*, del mismo autor, edición príncipe de Francisco del Canto, 1612; *Historia de aboponibus*, de Martín Dobrizhoffer, Viena, 1784, 3 volúmenes; *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocote*, de Antonio Machoni, Madrid, 1732; *Vocabulario de la lengua guaraní*, de Antonio Ruiz de Montoya, Cordova del Tucumán, 1722, obra estimada como la más hermosa después del Nieremberg.

Es justo destacar el esfuerzo incesante de L'Amateur por todo aquello vinculado con el libro de lujo. En este aspecto resulta digna y patriótica su preocupación por salvar de la pérdida y del olvido importantes documentos del pasado argentino. A estos fines ha hecho varias reediciones impecables de álbumes, estampas, acuarelas, grabados, etc., de Vidal, Bacle, Morel, Pellegrini, Ibarra, Pallière y otros, acerca de paisajes y costumbres del antiguo Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA DE ALBERTO GERCHUNOFF, por Miryam Esther Gover de Nasatsky. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes; Sociedad Hebraica Argentina, 1976. 255 p.

El libro que tenemos a la vista es un trabajo de investigación bibliográfica de largo aliento y, como tal, reconoce necesariamente el concurso auxiliar de varias personas, entre las cuales figura en primer término Manuel Kantor, yerno de Alberto Gerchunoff, el cual, desde hace varios años, viene laborando silenciosa y tenazmente sobre las huellas de la vastísima producción del autor de *Los gauchos judíos*. Este fue, según es sabido, un periodista nato y de talento que hizo de su actividad profesional un verdadero género literario y un apostolado ético. Su estilo personalísimo, de sello inconfundible, lo consagró en su tiempo como el gran artista de la prensa periódica. Precisamente, esa modalidad de su prosa, precisa y castiza, ha permitido reconocer la procedencia e identificación de inúmeros artículos, crónicas, sueltos y notas necrológicas —algunas de éstas memorables— salidas de su pluma sin firma y hoy desperdigadas en las páginas de revistas y diarios. Conviene recordar que Gerchunoff, trabajador infatigable y de vena fecunda, colaboró en *La Nación*, *Caras y Caretas*, *Argentina Libre*, *Antinazi*, *Nosotros*, *Plus Ultra*, *Atlántida*, *La Nota*, *Vida Nuestra*, *Davar*, *la Semana de Buenos Aires*, *Saber Vivir*, *Ideas*, *La Ilustración Sudamericana*, *El País*, *La Mañana*, *Noticias Gráficas*, *Mundo Israelita*, etcétera.

Gracias a la paciente y metódica búsqueda de esa cuantiosa cosecha intelectual, faena que estuvo a cargo de la profesora Gover de Nasatsky, la obra de Gerchunoff, desde sus escritos iniciales hasta el postrero del mismo día de su muerte, se hallará adecuadamente rescatada del olvido e inventariada con rigor de certeza y autenticidad. Y ello no es poco mérito si se piensa en el ímprobo y engorroso esfuerzo de buceo y rastreo de tal cantidad de materiales y en las dificultades para su localización en las bibliotecas públicas y privadas, carentes, la mayoría de ellas, de colecciones completas de periódicos, tanto de la capital como del interior y mucho más aún del extranjero. Debido a estos obstáculos insalvables, la bibliografía no reviste, por ahora, el carácter de exhaustiva, pero el aporte hecho es tan considerable que mucho se aproxima al ideal que reclama la materia. De esta manera, el camino —bien trazado— queda abierto para que otros, siguiendo sus pautas orientadoras, lo continúen y puedan dar cima cabal a una empresa de cultura de por sí ardua y riesgosa.

En lo que atañe a la estructura del repertorio, debemos decir que la nómina de los libros y opúsculos de Gerchunoff está descripta por

orden alfabético de títulos en 35 ítems y las colaboraciones en diarios y revistas, dispuestas cronológicamente, comprenden 1.346 ítems. En una sección aparte se registra la bibliografía sobre el autor reseñado. Los asientos, desde el punto de vista técnico, son correctos en cuanto al enunciado y distribución de sus elementos. La verificación de los mismos estuvo al cuidado de la experta bibliotecaria Marta Montes de Oca.

El libro inserta al final un cuadro biográfico - cronológico que sitúa a Gerchunoff en el decurso de su existencia y señala los hechos relevantes de la misma.

Un índice onomástico y otro de títulos, además de un apéndice que completa y actualiza datos, son muy ilustrativos y favorecen el manejo de la bibliografía. El libro está precedido de un denso y expresivo prólogo que firma Nicolás Cócaro. Lleva, igualmente, una breve advertencia explicativa de la autora.

La presente obra, tan prolija y diestramente realizada en sus detalles bibliográficos como en la sistematización y registro de los textos incluidos, no dudamos que habrá de contribuir al más exacto conocimiento y difusión de la vida y de la acción nobilísima del gaucho judío que fuera Alberto Gerchunoff, fuertemente enraizado en las tradiciones e ideales argentinos.

Domingo Buonocore

ABALOS, Jorge W., *Don Agamenón y Don Velmiro*. Buenos Aires, Losada, 1978. 144 p.

La aparición de "Shunko", hace treinta años, reveló la presencia de un escritor de características singulares, pronto advertidas por el público lector, que hizo de este libro, en especial en los niveles de la infancia y la adolescencia, un auténtico "steady seller", es decir, uno de esos títulos de venta permanente, de manera alguna necesitados de la publicidad que requieren los "best seller", cuya mayor venta alcanza sólo meses o pocos años, para caer luego en el olvido más absoluto.

Abalos, nacido en la ciudad de La Plata, aunque de ascendencia santiagueña, fue en su juventud maestro rural en la provincia de sus mayores, para dedicarse más tarde a la zoología, siendo un especialista en ofidios, habiendo alcanzado la cátedra universitaria en Córdoba, así como en Tucumán, pero en este caso como profesor de teoría del folklore.

El prestigio de "Shunko", traducido a varios idiomas, y elogiado por personalidades de las letras de América, ha ocultado, como ocurre muchas veces, el resto de la obra literaria de su autor. Desde "Cuentos con y sin víboras", de 1942 —es decir, anterior al libro que le ha dado fama—, pasando por "Animales, leyendas y coplas", "Shalacos", "Coplero popular" y "La viuda negra", sin pretender ser exhaustivos en el detalle, Jorge W. Abalos llega a "Don Agamenón y Don Velmiro".

Se trata de un libro curioso, de carácter didáctico, idealmente apto para su difusión radiofónica, ya que cada capítulo está presentado a manera de una escena teatral, sin acotación escenográfica alguna. Los tres personajes son los dos criollos, un santiagueño y un correntino, que prestan su nombre para título de la obra, y el Doctor, en que, evidentemente, se presenta a sí mismo el autor. Los capítulos o escenas se denominan "El yacaré" —dividido en dos partes—, "La tortuga y la iguana", "El zorro", "Las serpientes", "El ataja-caminos", "El urutá", "El ñandú" y "El picaflores". Un breve vocabulario cierra el volumen.

Los diálogos aportan interesantes datos sobre la existencia y costumbres de animales de nuestra tierra. Los personajes adquieren vida propia y el tono humorístico campea a través de todos los capítulos. Para mantener ese tono, que sirve de amable vehículo para la transferencia de conocimientos, Abalos se vale de los más diversos recursos, explotando, inclusive, supuestas rivalidades entre los dos protagonistas criollos, representantes de los hombres del noroeste y del nordeste argentino. Esto es, naturalmente, una convención, sin que deba confundirse con el aporte vivencial que está en condiciones de brindar el autor, en razón de su experiencia como maestro primero y luego en su carácter de investigador científico, necesitado de la labor de campo, al margen del laboratorio.

Para explicarse la gradación del humor de los personajes Don Agamenón y Don Velmiro, hay que pensar en el propósito de la obra, amablemente didáctico, necesitado, por consiguiente, de andariveles aptos para mantener el interés permanente del joven lector. Esto justificará algunas exageraciones que no afectan al fondo de la cuestión, pues, por dar un solo ejemplo, los amagos de enfrentamiento entre uno y otro criollo son resueltos siempre con la buena voluntad que cada cual pone para zanjar las en definitiva pequeñas diferencias. Esto, no cabe duda, sirve para proporcionar interés a las escenas.

Leyendas, refranes, coplas, enriquecen el libro, que en la tapa y en sus páginas lleva ilustraciones del dibujante Baldessari.